

SECCIÓN TERCERA

DESDE PENTECOSTÉS HASTA EL ADVIENTO

I. Propio del tiempo

MEDITACIÓN LXXXIII

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

I. Cómo se ocupa el buen Sacerdote en honrar este misterio.

II. Cómo se esfuerza en hacerlo honrar por los demás.

PUNTO I

El buen Sacerdote honra el misterio de la Santísima Trinidad ofreciéndole el triple homenaje de su espíritu, de su corazón y de su imitación

1.º Homenaje del espíritu. El sujeta su inteligencia y la somete al yugo de la fe: ¿hay algo más razonable que esto? Posee la afirmación del Hijo único que está en el seno del Padre (1): ¿qué otra cosa puede desear para creer lo que hay de más inaccesible para el entendimiento humano? Se alegra de hacer á Dios el sacrificio de la parte más noble de sí mismo diciéndole: «Yo creo, Señor, lo que habéis revelado acerca de este profundo misterio. Parece que mi razón quisiera oponérsele, pero yo la humillo y la inmolo á vuestra gloria. Me place reconocer mi ignorancia para honrar vuestra soberana ciencia y esclamo con uno de vuestros siervos que sois un Dios cuya grandeza excede infinitamente á nuestro saber:

(1) *Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit.* (Joan., 1, 18.)

Ecce Deus magnus vincens scientiam nostram (1). Sería temeridad de mi parte el escudriñar este misterio; admitirlo fiándome en vuestra palabra, obra es de mi piedad; conocerlo plenamente, verlo descubierto, será la dicha de mi eternidad (2). Daría mi vida por la defensa de mi fe; y como sois tres en el Cielo de quienes recibo el testimonio: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, así quisiera daros también en la tierra el triple testimonio de mi fe, de mis obras y de mi sangre.»

2.º Homenaje del Corazón. Este misterio que impone tanto sacrificio al espíritu está lleno de consuelo para el corazón; el Sacerdote santo tiene en ellos sus delicias. Halla imponderable suavidad en contemplar en él todos los divinos beneficios como en su principio. La Creación, la Encarnación, la Iglesia, los sacramentos, los favores personales que ha recibido, todo lo ve en la Santísima Trinidad. Se estremece de alegría al oír á cada una de las adorables Personas que le dirigen esta palabra de amor: *In charitate perpetua dilexi te.*

No es, pues, sino con mucha razón que la Iglesia nos conduce en la fiesta de este día á la fuente cuyos diversos raudales nos ha señalado en el decurso del año litúrgico: nos descubre el océano inmenso de donde dimanar todas las bendiciones que se derraman sobre nosotros. Quiere que seamos agradecidos á esta adorable Trinidad, que hallando toda su dicha en sí misma, se ocupa eternamente de la nuestra; porque, dice San Pablo, Dios nos ha escogido desde antes del principio de los siglos (3). El Padre para hijos suyos, el Hijo para hermanos suyos y el Espíritu Santo para mantener en nosotros las riquezas de su gracia (4).

(1) Job., XXXVI, 26.

(2) *Scrutari temeritas, credere pietas, nosse eterna felicitas.* (S. Bern.)

(3) *Elegit nos.... ante mundi constitutionem.* (Eph., 1, 4.)

(4) *Ut ostenderet in seculis supervenientibus abundantes divitias gratie suae, in bonitate super nos, in Christo Jesu.* (Eph., II, 7.)

Por eso nos propone constantemente la Iglesia el recuerdo de la Santísima Trinidad. Al principio y al fin, como durante sus oficios, en las peticiones que hace no cesa de acreditar su fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. No canta un salmo, un himno, un cántico, sin terminarlos glorificando á la Santísima Trinidad; quiere que sus ministros repitan cien veces al día: *Gloria Patri et Filio et Spiritui sancto*; ¡de tal modo se halla convencida de que no pueden dirigir á Dios una alabanza que le sea más agradable, y una oración más adecuada para alcanzarnos todos los dones de su gracia! ¡Oh! y ¡cuánto se complace en repetirla el buen Sacerdote! Se cuenta que algunos piadosos solitarios no han tenido durante muchos años otros ejercicios más que este (1).

3.º Homenaje de imitación. Dos cosas adoramos en este misterio, la unidad de naturaleza y la trinidad de Personas; el Sacerdote que lleva vida interior se empeña en imitar una y otra: la unidad, por la unión, amando sinceramente á todos los hombres; la trinidad, por la comunicación, haciéndoles todo el bien que le es posible.

Es cosa cierta que uno de los fines de la Encarnación fué el formar sobre la tierra una imagen de la unidad que existe en Dios, como que es esa una de las gracias especiales que Jesús pidió para sus discípulos la víspera de su Pasión: *Ut sint unum sicut et nos unum sumus* (2). ¿Y sería posible ¡oh Sacerdotes! que no participarais vosotros de esta solícitud que San Pablo quería ver en todos los cristianos, y que es mucho más necesaria aún á sus ejemplares y guías? *Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis?* (3). Pero como en Dios no subsiste la Trinidad sino por inefables comunicaciones, el Padre derramando todos los tesoros de su esencia en el seno de su Hijo, el Padre y el Hijo dando al Espíritu Santo toda su

(1) Bourdal. Serm. sobre la Trin. II par.

(2) Joan., XVII, 22.

(3) Eph., IV, 3.

divinidad; así debemos hacer perfecta nuestra unión feundándola por las obras de la caridad. ¡Tantos favores nos prodiga esa Trinidad beatísima á nosotros sus ministros, más para nuestros hermanos que que para nosotros mismos! Cuanto más generosos seamos para santificarlos, más generoso se mostrará Dios con nosotros: *Date et dabitur vobis*. Oigamos al Salvador, que nos exhorta hoy mismo á esta caridad comunicativa, lo que nos dice en el Evangelio que leemos al fin del Sacrificio: *Estote misericordes, sicut et Pater vester misericors est* (1).

PUNTO II

El buen Sacerdote procura hacer honrar el misterio de la Santísima Trinidad

Esto hace mediante el celo prudente y constante con que instruye á los fieles sobre este punto fundamental de nuestra fe, y con las consecuencias que de él deduce para formarlos en la piedad.

1.º San Jerónimo admira el mandato lleno de sabiduría que Jesucristo dió á los apóstoles, para que enseñaran primero la doctrina de la fe y después pudieran conferir su sacramento: *Ordo præcipuus: jussit apostolis ut primum docerent universas gentes, deinde fidei intingerent sacramento* (2). Es muy de temer que aun en los países católicos muchas almas se hallen fuera del camino de la salvación porque no conocen suficientemente este que es el primero de nuestros misterios. ¿No hay acaso muchos que no tienen de las tres divinas Personas otra idea que la de tres personas humanas? ¡Oh pastores, insistid con frecuencia en este importante objeto de nuestra creencias! Pero al tratar de él, servíos escrupulosamente de los términos consagrados por la Iglesia. No han faltado catequistas y predicadores que por hacer más clara esta verdad, que de por sí está rodeada de

(1) Evang. sobre la Dom. 1 después de Pent.

(2) *Comm. in Matth.*, l. IV.

cierta oscuridad veneranda, se empeñaban en hacer desaparecer el misterio.

Cuando instruyamos sobre esta materia declaremos llanamente que no hay cosa más impenetrable á la razón; pero nada tampoco más evidente á las miradas de la fe (1). Consolémonos con un santo doctor de no comprender lo que Dios no quiere que comprendamos. Los arcángeles con toda su luz no pueden penetrar en las profundidades de este dogma; no ha sido enseñado á los ángeles; los siglos de mayor sabiduría no lo sospecharon, los profetas sólo tuvieron de él un conocimiento imperfecto; el Apóstol no pidió su explicación; Jesucristo no la ha dado: no nos quejemos, pues, de nuestra ignorancia» (2).

2.º Al ilustrar las inteligencias con la verdad, infiltremos la piedad en los corazones. El buen Sacerdote debe enseñar á los fieles que todo se hace en la Iglesia en nombre de la Santísima Trinidad; en su nombre se cumplen todos los misterios, y se distribuyen todos los dones espirituales. Es en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que ellos han sido regenerados por el Bautismo, fortalecidos por la gracia de la Confirmación, y reciben el perdón de sus pecados, la bendición de los Sacerdotes y todos los auxilios de la religión. Ha de enseñarles á santificar todos sus trabajos, todas sus acciones comenzándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Debe mostrarles á esta sagrada Trinidad, no sólo en el Cielo y en nuestros templos, sino en ellos mismos y en todas partes; inspirarles, en fin, el respeto á su presencia.

Recogeos, vosotros mismos en este instante ante la Majestad suprema. Preguntaos cómo habéis honrado este misterio y cómo lo habéis hecho honrar. ¿Habéis hablado de él frecuentemente? ¿No habéis mirado como indiferente para las costumbres la predicación

(1) En un sermón del P. De la Colombière.

(2) *Ego nescio, non requiro, et consolabor me tamen. Archangeli nesciunt, angeli non audiunt, sæcula non tenent, apostolus non investigavit. Filius ipse non edidit; cesset dolor querelarum.* (S. Hil.)

de un dogma que es la base de toda la moral cristiana, puesto que es el principio de la caridad que nos une con Dios y con nuestros hermanos? Consagrad de nuevo á las tres divinas Personas las tres potencias de vuestra alma; la memoria al Padre, al Hijo el entendimiento y la voluntad al Espíritu Santo. ¡Oh Jesús, por quien pertenecemos de un modo más especial á la Santísima Trinidad, como que imprimiéndonos los sagrados caracteres del Bautismo, de la Confirmación y del sacerdocio, nos marcasteis con su sello; dignaos asociarnos á los homenajes que le tributáis perpetuamente en el Cielo y en nuestros tabernáculos! ¡Conceded á vuestros Sacerdotes que lleven una vida tan perfecta que sea alabanza continua, y preparación de todos los instantes para la eterna alabanza del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: *Benedicamus Patrem et filium cum sancto Spiritu; laudemus et superexaltemus eum in sæcula. Amen.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El buen Sacerdote honra el misterio de la Santísima Trinidad.*—1.º Le ofrece por la fe, el homenaje de su espíritu. Creencia tanto más gloriosa para Dios, cuanto impone mayor sacrificio á mi razón. ¡Oh Dios mío! yo gusto de reconocer mi ignorancia para honrar vuestra infinita ciencia: *Scrutari temeritas, credere pietas, nosse æterna felicitas.* 2.º Le ofrece el homenaje de su corazón por la esperanza y el amor. Se estima feliz contemplando en este misterio la fuente de todos los divinos beneficios. Se estremece de alegría oyendo que cada una de las tres divinas Personas le dice: *Yo te he amado con amor eterno.* 3.º Le ofrece el homenaje de su imitación. Adorando dos cosas en este misterio, la unidad de naturaleza y la trinidad de personas, imita él una y otra del mejor modo posible: la unidad por la unión, amando sinceramente á todos los hombres; la trinidad por la comunicación haciéndoles todo el bien que puede hacerles.

PUNTO SEGUNDO.—*El buen Sacerdote se consagra á hacer honrar el misterio de la Santísima Trinidad.*—Por el celo asiduo y prudente con el cual instruye sobre este punto fundamental

de la fe y por las consecuencias que de ella deduce para formar á las almas en la piedad. No hay punto ninguno de la enseñanza católica que deba ser más cuidadosamente inculcado y tratado con mayor prudencia. El buen Sacerdote se aprovecha poderosamente de este misterio no sólo para instruir sino para despertar la piedad en las almas.

MEDITACIÓN LXXXIV

La fiesta del Santísimo Sacramento

- I. Por qué ha instituido la Iglesia esta fiesta.
- II. Deberes del Sacerdote para penetrarse de las intenciones de la Iglesia.

PUNTO I

Los fines que se propuso la Iglesia al instituir la solemnidad del Santísimo Sacramento

Lo que más tiene que asombrar nuestro espíritu en este *memorial de las divinas maravillas* (1) son las humillaciones á que el Hijo de Dios se ha sometido en él; y el amor que con él nos muestra, es lo que más ha de mover nuestro corazón. Y sin embargo ¡cuántas veces sólo pagamos sus beneficios con nuestra ingratitud! ¡Cuántas veces á sus voluntarias humillaciones que tantos bienes nos procuran, nosotros criminales, agregamos otras que nos acarrean terribles desgracias! ¿qué hace la Iglesia? Toda preocupada de esas humillaciones, se esfuerza hoy día en hacernos honrar las unas con el amor de agradecimiento y con el de penitencia nos hace reparar las otras.

1.º En ninguno de sus misterios se humilló tanto Jesucristo como en la Eucaristía. Si en los otros oculta constantemente su divinidad, la revela en ellos de algún modo; aún sobre el Calvario, á través

(1) Ps., CX, 4.

de los oprobios del hombre que agoniza, se conoce al Hijo de Dios: *Vere hic homo Filius Dei erat* (1). En la Eucaristía, por el contrario, lejos de mostrarse Dios, no deja entrever siquiera indicio alguno de semejanza con el hombre. Y no es que haya escatimado en él los milagros; Santo Tomás llama á este misterio, *Maximum miraculum Christi* (2). Pero en tanto que los prodigios que brillaron en su Nacimiento, durante su vida, y en la hora de su muerte fueron destinados á pregonar sus grandezas; los que multiplica en este sacramento sirven sólo para rodearle de una oscuridad impenetrable. ¡Ah! si nos confunden estos anonadamientos, ¡cómo debe movernos el amor que los inspira!

Para realizar los propósitos de su generosa ternura era menester que el Salvador, se impusiese todas estas humillaciones por más que sean incomprensibles. ¿Qué es lo que El deseaba y qué es lo que ha hecho? Quería permanecer con nosotros, comunicárenos con toda la expansión de la más confiada amistad, renovar incesantemente su inmolación por nosotros, identificarse, por así decirlo, con nosotros, dándonos su propia Carne por alimento y su Sangre por bebida: *Caro mea vere est cibus, sanguis meus vere est potus*. Pero cada uno de estos favores, el último especialmente, le obliga á bajar hasta ese abismo de humillación en el cual sólo puede reconocerle la fe. Este misterio, según el decir de San Bernardo, es la humillación de las humillaciones porque es el amor de los amores. Pero, ¿qué consecuencia se deduce de esto?

Cuanto más humilla por nosotros el Hijo de Dios su grandeza en la Eucaristía, tanto más debemos, como si dijéramos, levantarla con nuestros homenajes. Es lo que ha hecho la Iglesia al instituir una fiesta que es el triunfo de Jesús humillado en el Santísimo Sacramento. Triunfo público: ya no es sólo en sus templos en donde se le adora; se ve conducido so-

(1) Marc., XV, 39.

(2) Opusc. 57.

lemnemente en medio de su pueblo, y á su paso se dobla toda rodilla. Triunfo universal; sea cualquiera la nación que el sol alumbre, se ve en ella á los hijos de la Iglesia postrados á los pies del Salvador presente y vivo en la Eucaristía. Triunfo espléndido por el aparato de las ceremonias, el piadoso afán y el alborozo de los fieles. De esta suerte nuestro amor agradecido hace gloriosos para Jesucristo los profundos abatimientos que El había buscado para acercárenos y unírseos. Este es el primer designio de la Iglesia en esta solemnidad; veamos el segundo.

2.º A las voluntarias humillaciones del Salvador en este misterio, añaden los hombres otras que son del todo opuestas á sus deseos, á las humillaciones que aplacan al Cielo, humillaciones que provocan su cólera; debemos, pues, agregar al amor de reconocimiento, el amor de penitencia.

Hay tres objetos que atraen nuestras miradas en el santuario y nos hablan con elocuencia de la excesiva caridad de Jesucristo para con nosotros y de la ingratitud con que pagamos sus más preciosos beneficios: el tabernáculo en que El habita; el altar en que se inmola; y la sagrada mesa en la cual se da como alimento de sus discípulos. Sin hablar de los más grandes atentados de la herejía y de la impiedad, ¿cuál de estos tres divinos lugares no nos recuerda á Jesucristo indignamente *abandonado*, y *ultrajado* más indignamente aún?

¿En dónde se encuentra la premura de los fieles para honrar su presencia visitándole, su sacrificio asistiendo á El, y su banquete celestial participando de El? Se desprecian los favores de un Dios. Sobran, si se trata de los hombres, la finura y las atenciones; más aún, cuando se los estima necesarios; sólo para Jesucristo no hay miramiento ninguno, que El es el único de quien nada se espera ni se teme nada. Aun entre los cristianos que aparentan tener alguna devoción para el Santísimo Sacramento ¡qué tibieza en las visitas que se le hacen, y en los pretendidos honores que se le rinden! Aun no hemos pasado algunos instantes en su presencia cuando ya

se apodera de nosotros el hastío. En cualquiera otra parte se harían esfuerzos; pero sólo en la compañía del Señor no es fácil resolverse: *Solius Dei impatientes sumus*, dice con energía Tertuliano. Y sin embargo, Vos, ¡oh Jesús, sufrís paciente tan criminal impaciencia y sufrís con inefable misericordia á esos corazones que con incalificable disgusto no pueden sufriros!... No, los judíos mismos no merecieron tanto como nosotros los reproches que les dirigíais. *O generatio incredula et perversa, quousque ero vobiscum? Usquequo patiar vos?* (1).

Con todo, aun no es éste sino el menor de nuestros delitos contra el Dios Eucarístico. Como si no fuera bastante el olvidarle y abandonarle, se le ultraja. ¡Quién podrá contar todas las irreverencias, todas las sacrílegas profanaciones de que ha sido objeto en el decurso de mil novecientos años!... ¡Ah! ¿y acaso no lo es todavía? *Cor Jesu, etiam nunc ab ingratis hominibus in sanctissimo amoris sacramento dilaceratum, miserere nobis!* Esto es lo que dicen gimiendo las almas fervorosas; pero como no basta esta solitaria reparación, la Iglesia quiere hacerla muy solemne. Según su pensamiento, la fiesta de este día no es sólo un triunfo decretado á su divino Esposo, es también la pública penitencia de sus hijos. Como ella no ignora que están guardadas las más terribles venganzas para los que han ultrajado al mismo Hijo de Dios menospreciando su Sangre (2), se sirve de esta extraordinaria pompa á fin de reanimar nuestra fe, haciendo aparecer ante nosotros en cierto modo esa Majestad temible y santa, para obligarnos á desagradararle humillándonos delante de Ella.

(1) Matth., XVII, 16.

(2) *Quanto magis putatis deteriora mereri supplicia, qui Filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit in quo sanctificatus est?* (Hebr., X, 29.)

PUNTO II

¿Qué debe hacer el Sacerdote para conformarse con el espíritu de esta solemnidad?

Ya le está señalada su conducta por los dos fines que se propuso la Iglesia al instituir esta fiesta.

El amor á la Eucaristía ha de ser la primera de sus devociones, así como este misterio es la gloria mayor de su sacerdocio y el manantial más abundante de sus consuelos. Se aprovecha, pues, con fervor de la ocasión que se le brinda para honrar y hacer honrar al Santísimo Sacramento. ¡Ah que no pueda arrastrar consigo á todos los hombres ante los pies de un Dios que los ama con tan inmensa ternura! Nada descuida la Iglesia en esta circunstancia para excitar en los fieles el deseo de contribuir al aparato religioso del triunfo de Jesús. Instruye de antemano á sus feligreses acerca del objeto de esta fiesta y el significado de su solemnidad, y cuando lleve ya en medio de ellos al Triunfador divino, su fe se animará por tan imponente espectáculo. Creerán ver al Salvador recorriendo todavía las ciudades y las aldeas, lanzando á los demonios, curando á los enfermos..... le suplicarán que bendiga sus moradas, sus empresas, sus trabajos, y podrá decirse una vez más que ha pasado haciendo el bien: *Pertransiit benefaciendo*. Pero lo que trae principalmente las gracias sobre el rebaño, es la oración del pastor; su modestia, su profundo recogimiento en el ejercicio de tan santo ministerio, es lo que alegra á los ángeles y edifica á los fieles: *Quia spectaculum facti sumus mundo et angelis et hominibus* (1).

El buen Sacerdote junta el culto que honra á Jesús presente en el Sacramento de nuestros altares, con el culto que repara los ultrajes que en él recibe. ¡Ah! ¡y cuán poco nos conmueven ellos! Acaso porque la santa Humanidad del Hijo de Dios no puede

(1) I Cor., IV, 9.

ya ser herida por la audacia y la perversidad, como en los días de su vida mortal, ¿hemos de mostrarnos insensibles ante los atentados de que es objeto? Ved á este propósito el pensamiento de Bourdaloue: «Ponderad bien lo que digo: sí, la Carne del Salvador sufre mil veces más de nuestra parte en la Eucaristía, que no sufrió de los judíos en su Pasión, pues entonces sólo sufrió por determinado tiempo, mientras que aquí está expuesta á sufrir hasta la consumación de los siglos; en su Pasión Ella sufrió sólo en tanto que Jesucristo lo quiso y porque El lo quiso; pero aquí sufre hasta cierto punto por fuerza y por violencia. Sufrió, sí, en su Pasión, pero en el estado de una naturaleza pasible y mortal; aquí sufre aun en el estado de impasibilidad. Cuanto sufrió en su Pasión fué glorioso para Dios y saludable para los hombres; lo que sufre aquí es perjudicial para los hombres é injurioso para Dios» (1). Renovemos la resolución tantas veces formada de ser más fervorosos por la honra de tan gran Sacramento: *Tantum ergo sacramentum veneremur cernui. Jesu quem velatum nunc aspicio, oro, fiat illud quod tam sitio, ut te relata cernens facie, visu sim beatus tua gloria!*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*Lo que la Iglesia se propuso al instituir esta fiesta.*—Honrar las humillaciones á que se sometió Jesús voluntariamente en la Eucaristía y reparar las que á ellas agrega la ingratitud de los hombres.—En ninguno de los demás misterios se ha humillado tan profundamente el Salvador, humillaciones necesarias al cumplimiento de los propósitos de su ternura en favor nuestro. Cuanto más se humilla por nosotros su infinita grandeza, más debemos ensalzarla con nuestros homenajes. Por esto es este triunfo público, universal, espléndido que le ofrece la Iglesia en esta solemnidad. A estas humillaciones que son efecto de su amor, añadimos otras, resultado de nuestra ingratitud, que

(1) Sermón para la fiesta del Santísimo Sacramento.

es preciso reparar. En su tabernáculo, sobre su altar, en su mesa divina está *abandonado y ultrajado*. ¡Cuántos motivos de llorar para un buen Sacerdote!

PUNTO SEGUNDO.—*Lo que tengo que hacer para conformarme con el espíritu de la Iglesia al instituir esta fiesta.*—Aprovechar con celo la ocasión que se me ofrece para honrar á Jesucristo en la Eucaristía; contribuir á la pompa de su triunfo, alegrarme de los homenajes que recibe y esforzarme en reparar los ultrajes que se le hacen; instruir cuidadosamente á los fieles sobre el objeto de esta fiesta. Renovemos la resolución de tener más celo para honrar á tan gran Sacramento: *Tantum ergo Sacramentum veneremur cernui.*

MEDITACIÓN LXXXV

Preparación para la Santa Misa

- I. Cuán indispensable es.
- II. Jesús nos la enseña con su ejemplo.

PUNTO I

Necesidad de preparación al Divino Sacrificio

¿Puede un Sacerdote dudar de esto, por poco que conozca la excelencia del ministerio que desempeña en el altar? «Si es preciso confesar que no se realiza diariamente en la tierra ninguna obra tan santa, tan divina como este adorable Sacrificio, es evidente que se debe emplear todo el cuidado y la aplicación posible, para hacer esta acción con la más grande pureza de corazón y con la más perfecta piedad exterior (1). Es decir que es necesario prepararse para ella. Entrar bruscamente en este angélico ministerio, sin procurarse el tiempo de recoger su espíritu, ni de purificar su corazón, al punto de

(1) Conc. de Trento.

presentarse ante el trono de Dios en nombre y por los intereses de todas las criaturas, ¿no sería acaso cometer una gran irreverencia, trocar para nosotros en ocasión de pecado y de terrible castigo la más saludable y santificadora de nuestras funciones?

Nada hay para los sentidos en los misterios del sagrado altar. Si antes de comenzar su celebración, no despierto en mí aquella fe viva que disipa la nube, yo no tardaré en deshonrarlos por mi tibieza, y me expondré á la terrible desgracia de profanarlos. ¡Oh Sacerdotes! medita con frecuencia las palabras de un piadoso y sabio Cardenal, y penetraos de esas reflexiones.

Pauci sunt qui admirabiles hujus sacri convivii in se sentiant effectus, quia pauci sunt qui se ad illos recipiendos rite disponant, qui serio cogitent se ad Sancta sanctorum accedere, ad altare Dei, ad Deum ipsum. Ideo multi sunt infirmi et imbecilles, et dormiunt multi. Mortem olim summo sacerdoti minabatur Deus, si ausus fuisset introire in Sancta sanctorum sine strepitu tintinnabulorum, non radians gemmis, no fulgens auro, omnium virtutum varietate circumamictus: quam ergo pœnam merebitur novæ legi sacerdos, qui non ad arcam typicam, sed ad Deum ipsum accedit, ut Filium ejus Dominum Jesum Christum immolet, tangat, comedat, nisi id faciat ea sollicitudine, attentione, et apparatu, qui dignus sit tali convivio, dignus Deo? Instante itaque celebratione, totis viribus curare debet ut in ara cordis ignem divini amoris succendat actusque eliciat diversarum virtutum, qui heroici sint, et tanto sacrificio, quantum fieri poterit, convenientes (1). Es, pues, indispensable prepararse; pero ¿de qué manera?

PUNTO II

Jesucristo con su ejemplo nos enseña esta preparación

Toda la vida del Salvador fué una preparación á su inmolación sobre la Cruz; esta fué la ocupación continua de su espíritu y de su corazón: *Desiderio*

(1) Bona. *De miss. celebrat.* c. V.